Pese a lo que cabría esperar por el aspecto avejentado de la puerta de entrada, el timbre de la casa tenía un sonido nada estridente, suave y casi melodioso. Esto sorprendió a la joven que había llamado. Se oyeron unos pasos en el interior, y en seguida el hombre abrió. La miró primero a los ojos, después muy rápidamente de pies a cabeza, y como si aprobara lo que veía, le dirigió unas palabras risueñas de bienvenida. La luz del recibidor, a su espalda, era tenue y amarillenta. Ella pensó, mientras dibujaba en sus labios la sonrisa del saludo, que todos esos sonidos y luces resultaban apropiados para la que parecía ser la personalidad del hombre, al que sólo conocía desde la tarde anterior.

Habían coincidido en la entrega de premios de un concurso de relatos sobre "Erotismo y Gastronomía": un restaurante conocido, invitados que olían a colonia y procuraban expresarse con frases ingeniosas. A decir verdad, las obras presentadas al certamen no valían mucho. La mayoría se limitaba a contar cómo sus protagonistas se sentaban a comer con cualquier excusa, para detenerse luego en la descripción minuciosa de algún uso sexual más o menos perverso. Con todo, durante la velada la gente aprovechaba el tema para tejer conversaciones llenas de afectación.

Un adecuado destino había acercado al hombre y la mujer: a una afirmación grandilocuente del presentador, él había contestado con una ironía que sólo pudo oír la joven, sentada casualmente a su lado. Ella lo miró, rió y le contestó algo. Se presentaron: él se llamaba Jorge, ella, Maya. Se pusieron a hablar, previsiblemente, de sus gustos en la mesa. Él comentó su afición por elaborar platos exóticos, y al poco tiempo ya la había invitado para cenar al día siguiente.

Jorge, contó, era uruguayo. No permitían ponerlo en duda su acento cantarín ni el vos de ese suave con el que pronto empezó a dirigírsele. Tenía una voz muy hermosa y lo envolvía un aire enigmático. No se podría asegurar cuál era su edad. Su pelo corto y su traje le daban un toque descuidado, a la vez que todos sus gestos estaban llenos de elegancia. Aquello lo hacía particularmente atractivo para Maya, una chica acuciada por el deseo de conocer cosas muevas, asistir a reuniones de gente refinada y desarrollar sus pretensiones intelectuales. Jorge

colmaba en gran medida sus expectativas: un hombre extranjero, elocuente y rodeado de misterio. (Lo que Maya no sabría nunca, lo que todos ignoraron hasta que, meses después, la lenta máquina policial lograra alcanzarlo, era que estaba implicado en la desaparición de dos mujeres en su país, y que se encontraba en aquella pequeña ciudad, y evitaba revelar su identidad, por afán de huir.)

Habían abandonado juntos la reunión. Maya daba por seguro que la noche se desenvolvería hasta dar lugar a un episodio romántico, pero, inesperadamente, él se portó como un perfecto caballero, le dijo cosas bonitas y absolutamente inocuas, evitó las insinuaciones de ella con actitud mojigata, y la acompañó pronto a casa, sin haberse acercado más de la cuenta.

Al día siguiente, mientras se vestía antes de acudir a la cita, a Maya le había vuelto la sensación, entre perpleja y ofendida en su amor propio, con la que se quedara sola la noche anterior. Empleando la peculiar lógica que para esos casos reservan las mujeres, achacó las precauciones de Jorge, bien a que fuese tímido, bien a que fuese homosexual, aunque nada respaldaba tales suposiciones. Maya había acabado por sentenciar, a la vista de las pruebas reunidas, que los hombres son todos muy raros. Por supuesto, no daba ninguna oportunidad para que otra solución, quizá más probable, se hiciera un hueco entre las demás: que a Jorge ella no le interesara lo suficiente.

Con un poso de desconcierto, mientras terminaba de componerse frente al espejo, se dijo que el uruguayo aquel necesitaba un poco más de tiempo; arregló con habilidad un pliegue de su blusa blanca, aprobó el brillo de sus ojos, y el de su piel morena sobre el blanco de su falda, y salió de casa.

* * *

Maya avanzaba por el pasillo siguiendo a Jorge hacia el comedor de la casa, e iba contemplando la decoración, muy sobria, clásica y personal a un tiempo. Algún cuadro, alguna antigüedad, tal vez falsa, unos toques orientales. La casa tenía una distribución peculiar: el pasillo daba a un salón del que salían otras dos puertas, una, hacia la cocina, otra, cerrada, sin duda a un dormitorio. Jorge condujo a Maya a la mesa, y la invitó a ocupar una silla:

-Podemos sentarnos ya, está todo dispuesto.

Unas sencillas flores y una vela decoraban el centro. Cuando estuvo frente a ella, él apoyó el codo en la mesa, la mejilla en su mano, y recordando la noche anterior, comenzó una conversación:

-Sabés, esa costumbre de combinar festines y sexo no es sólo cosa de libros y, desde luego, no es nada novedoso. Todas las culturas desahogadas y alegres han redescubierto su buena conjunción. Por no hablar de un tercer elemento que no solía faltar: la intriga, el envenenamiento. Tiempos burdos, como los que vivimos, se caracterizan por la comida basura y la venganza violenta, a golpes, a tiros. Nada que ver con aquellos festivales de los sentidos que se consagraban a un dios travieso, o a la misma Razón. Mirá qué divertido: si asistías a un banquete entonces, las posibilidades de acabar envenenado eran semejantes a las de disfrutar del placer carnal más desenfrenado. Una cena como ésta, en Roma o en la Italia renacentista, no carecía de riesgos ni de voluptuosas expectativas; pero entre sus peligros no figuraba el de una comida insatisfactoria.

El gesto de Jorge no expresaba nada que dejase percibir la provocación que parecía contener sus palabras, y Maya no sabía a qué atenerse. Por distraerse de esas cosas, preguntó:

-No sé cómo dices que el envenenamiento es símbolo de cultura. A mí me parece una perversión propia de civilizaciones decadentes.

-¿Querés decir que el envenenamiento pertenece al ámbito de las creaciones humanas? No estoy de acuerdo. Se trata de una conducta muy extendida en el medio natural. Y no sólo como arma: constituye un instrumento de comunicación delicado, articulado, y a la vez pertenece al bagaje de instintos más básicos. Un tipo de instinto bien peculiar, nacido de una experiencia no vivida, transmitida misteriosamente.

-Todas esas ideas son muy extrañas -intervino Maya, un poco asombrada por la entonación que empleaba Jorge.

-¿Eso creés? Pues aún puedo decirte más al respecto. ¿Sabés que los venenos naturales pueden ser más sofisticados que los preparados en el laboratorio? En las

selvas de Bangla Desh habita una serpiente, una *naga* de brillantes escamas verdes. Su tamaño es pequeño; su poder, terrible. Casi ciega, muy agresiva, muerde a todo animal que encuentra a una distancia lo bastante corta. Inyecta un veneno que no mata, que paraliza el cuerpo conservando la vida y la consciencia. Las pequeñas crías y los ratones pueden así percibir cómo son engullidos por el monstruo de ojillos malvados, y cómo son luego digeridos lentamente. Para conseguir este prodigio evolutivo, creo que la *naga* puso, a través de sus generaciones, un empeño torvo en devorar vivas a sus presas, buscando un premio sensual: seguramente el terror violento desencadene en sus víctimas una descarga de drogas químicas que ella podrá gustar, como una especia picante y deliciosa.

Y dejó Jorge que por unos segundos el silencio, apenas atenuado por el tictac de un reloj, cumpliera su misión.

-Será mejor que deje de hablar o te mataré de aburrimiento o de inanición. Serviré la ensalada, ¿te parece?

Maya sintió necesidad de justificarse:

-Tus historias son entretenidas, me sorprende cuántas cosas sabes.

No está claro cuál fue la reacción de Jorge al comentario, pues ya había salido hacia la cocina. Al quedarse sola, hizo un movimiento para colocarse mejor en la silla, y se apercibió de que la casa tenía un olor agradable y cálido, mezcla de pintura fresca, madera de mueble, un vaho ascendente y un aliento no se sabía si de sándalo o incienso. En estas, Jorge que volvió con los platos. Los colocó sobre la mesa, con un gesto profesional.

-Aquí está: ensalada de *crudities* al orégano-curry.

El olor que pobló la atmósfera de la habitación en ese momento, sustituyendo a los demás, era el del frescor de los ingredientes recién cortados combinado con el de las especias. Todos los colores que pueden concebirse entre las verduras estaban representados, colocados con el cuidado de las pinceladas en un complejo cuadro abstracto.

-¿Y este plato? -preguntó Maya, haciendo un ademán coqueto.

-Bueno, es una especie de creación personal. Macero la vinagreta con el curry, orégano, ajo y pistacho; le da un tono bastante exótico.

Esas últimas palabras sonaron a invitación para comenzar, y, efectivamente, Maya se llevó el tenedor a la boca. El aliño ciertamente producía un efecto peculiar, pero había otro rasgo que convertía en singular aquel bocado, un rasgo bien curioso. El apio y los tallos de ajo tierno aportaban un paladar áspero a la ensalada. Su conjunción con la vinagreta integraba un gusto lleno de carácter.

-Está delicioso.

-Se agradece -contestó Jorge, y bajó un poco la mirada. De inmediato volvió a fijarla en los ojos de la chica. -He pretendido desarrollar en ella un tema agreste, acerbo, apoyado en unos vegetales poco amables y muy caracterizados. Siempre concibo un plato como un problema estético a resolver.

Ella no sabía si quien le hablaba era un vanidoso o un bromista.

-Por cierto que un entrante así puede diseñarse con un fin muy concreto. Hay varios potentes venenos que se camuflarían a la perfección entre su cruce de sabores. En ese sentido, es un plato perfecto.

Y arrastró con tanta intención las palabras que Maya detuvo el movimiento del cubierto hacia sus labios, y lo miró de hito en hito. En el rostro de Jorge se dibujó una tímida sonrisa.

-Hablo, claro está, desde un punto de vista teórico. Una multitud de venenos vegetales comparte ese gusto de fondo a adelfas sazonadas. -Y, tras una pausa-¿de veras temés que trate de envenenarte?

Maya sonrió entonces también y sin saber por qué, ensayó una disculpa:

-No es eso, es que lo has dicho de una forma...

-¡Pero si no es preciso excusarse! Me parece una idea francamente atractiva. Uno puede compartir una cena bella, lo recordará un tiempo, y al final lo perderá entre mil recuerdos de mil cenas diferentes y en el fondo iguales. Pero la cena en la que nos van a envenenar... Vaya, ésa sólo puede vivirse una vez. La mera perspectiva de que ocurra hoy convierte esta velada en algo especial.

Tal vez para atenuar la pequeña tensión creada, Jorge se llevó la conversación a un terreno distinto, más íntimo, y preguntó a Maya por su trabajo y sus aficiones.

Utilizaba su voz en la conversación como un saxofonista las vibraciones sordas de su instrumento, llenando y recambiando el ambiente de la sala. La luz era lo suficientemente tenue para que la llama de la vela, al oscilar, dibujara brillos fugaces en los ojos y los pómulos de ella.

-Me ha encantado la ensalada

-Bueno, el menú ha tenido un comienzo prometedor. -Recogió los platos y dijo al llevárselos -vuelvo en dos minutos, debo hacer unos preparativos.

Mientras estuvo sola, ella se frotó las manos, compuso el cabello, miraba a cualquier parte. Jorge regresó:

-Un poco de mar es la continuación adecuada, tras la ensalada. He preparado *carpaccio* de atún rojo con esencia japonesa.

Estaba cortado un poco más grueso de lo que es costumbre, y su adorno era sobrio.

-El atún crudo ha sido considerado como un manjar en todas las épocas. Quienes mejor lo han sabido comer han sido los japoneses, otra cultura de guerreros y artistas. Y de espíritus cultivados que dirimían sus odios en la mesa. De allí proviene el conocimiento de algunas primorosas algas venenosas. Las verduras del agua, casi ignoradas en nuestro ámbito, ofrecen tanta variedad de sustancias peligrosas como las de tierra. Todas comparten ese gusto inconfundible que evoca rompientes y acantilados. Sin duda enriquecen el sabor de los platos en que se incluyen antes de provocar la muerte.

A Maya le incomodaba por momentos esa palabrería morbosa, así que trató de cortarla mediante una intervención burlona.

-¿Es que no hay algo que te parezca digno de interés aparte de todas esas historias de envenenamientos?

Jorge esperó, para contestar, un lapso suficiente para que el eco de la pregunta, y también su virtud exorcizadora, se desvanecieran. Habló flojo y ronco, desde dentro.

-¿Y qué te parece a ti más importante? ¿Querés hablar de otra cosa más alegre, de algún disfrute o pasión? Yo te responderé que no has cambiado de conversación. Todo aquello por lo que las personas conservamos alguna ilusión de permanecer vivos es una forma de veneno. Él excita nuestros sentidos elementales, dispara nuestras fantasías, y me atrevería a decir que mata por un exceso en la intensidad con que llega a hacerlo. Se puede morir de amor, de nostalgia e incluso de felicidad; basta con administrarlas en grandes cantidades o en estado demasiado puro. Para mí, eso significa que nuestro propio cuerpo nos intoxica para que no olvidemos lo sublime de estar vivos. En el veneno se reúnen una esencia material de humanidad con una metáfora vigorosa de nuestro destino. Permite medir la distancia entre Eros y Thanatos en miligramos, estimar con toda precisión el trayecto entre nuestras dos pulsiones básicas. Ningún metafísico logró tanto con sus abundantes teorías. Definitivamente, no veo nada más interesante para conocer y estudiar que los venenos.

El pequeño discurso dejó casi sin aliento a Maya. Ella se limitó a mirar con carita de susto a Jorge, que conservaba en la suya una sonrisa indefinible, y en silencio se llevó a la boca un primer bocado del pescado. Su salsa impregnaba el atún y el arroz de un picor a *wasabee* que ascendía por la nariz y se desvanecía. Los matices del aceite y el clavo se resolvían, nítidos, al fondo del sabor marinero que inundaba el paladar, emanando como una ola de espuma. Ese mosaico de detalles inmediatamente sugería todas las sustancias mortales a las que Jorge se había referido, pero Maya aceptaba tan inquietante idea como un condimento más.

Y entonces ocurrió. De repente, mientras ella masticaba el atún crudo le sobrevino de golpe una avalancha de estímulos álgidos. Fue como si todos sus órganos sensoriales se transfiguraran, y la vincularan al medio exterior con una intensidad desconocida. Notaba que los sentidos pueden colmar la experiencia vital sin necesidad de filtrar su información mediante pensamientos. Le pareció convertirse en una precisa máquina de sentir, que su propia mente integraba un objeto sensual de igual forma que se veía capaz de pensar con su nariz o con su piel. Se erizó el vello de todo su cuerpo, notaba el roce de su falda sobre los

muslos, el del borde de su blusa en la base del cuello y en el escote. Recordó que otras veces tuvo un escalofrío semejante y pasó de inmediato. Ahora permanecía y ella deseaba conservarlo.

De alguna manera, Jorge había entendido, porque continuó el diálogo más o menos insustancial mientras sonreía largamente, satisfecho quizá por haber tenido éxito en su sortilegio, y hacía comentarios llenos de intención, y le decía al terminar el atún qué, te gustó.

Volvió a salir y entrar con un nuevo plato.

-Bueno, hoy no tuve gana de encender los fogones -comentó.

Lo llamó *steak* tártaro silvestre: sobre un lecho de berros venía una fina laja de carne picada oscura, de grasa amarilla, tierna, fría y a la vez sabrosa. La mantenía consistente un macerado de vino, clara de huevo, tomillo, pimienta y otras hierbas. Adornaban en un lado del plato un pepinillo dulce cortado y unas alcaparras.

De nuevo Jorge enumeró las sustancias que podrían ocultarse entre las especias de la carne: la digital, que estimula la alegría del corazón y acaba por detener el pulso; el beleño, capaz de ofuscar la mente y llevarla a la locura...

Hasta que no llegó el postre, la sensación de Maya no pasó su apogeo. El pastel de chocolate con crema de trufa y fresa abrió el turno de los venenos dulces:

-...La Naturaleza es avara en ellos y muchos son hijos de la Química. Un investigador que buscaba edulcorantes artificiales, encontró una molécula sobre la que sus cobayas se abalanzaban golosos. En unos segundos los sacudían unos espasmos violentos y todos sus músculos se contraían al punto de dislocar sus articulaciones. Hay quien dice que la sustancia fue destruida. Puede que haya quien conozca su efecto sobre el ser humano.

La cena declinaba. La textura del chocolate en la boca serenaba a Maya, que se recuperaba de su ensoñación con un extraño, progresivo adormilamiento. Faltaban unos segundos para que la charla de Jorge acabara por importunarla definitivamente, cuando él volvió a entrar desde la cocina, a su espalda y, sin pronunciar palabra, la besó lentamente en el cuello.

* * *

Después de tantas precauciones, y de evitar insinuaciones y contactos desde que se conocieran, el gesto resultaba de lo más osado. Se sobresaltó Maya, y pensó primero en que podría optar por aceptar o rechazar el atrevido requerimiento. Fue sólo un momento, en seguida comprendió que él había adivinado sus precisos deseos incluso antes de que ella misma fuese consciente. Así, se movió para dejar hacer, y fue volviéndose para recibir un primer beso en los labios que continuaba la sensibilidad desencadenada por la comida. Puestos en pie, mientras se abrazaban, ella intentó comenzar un diálogo pícaro:

-Creí que no te decidirías...

Pero Jorge siseó con el índice en los labios, lo puso luego en los de ella y volvió a besarla. Sus manos habían comenzado a acariciarle los hombros y los brazos, por encima de la blusa; empezó a juguetear con los botones y a soltarlos. Todo discurría muy despacio, Jorge sabía qué hacer en cada momento y transmitía esa seguridad a Maya. Ella también le soltaba la camisa, y al quitársela, se acercaron de nuevo para besarse y sus cuerpos se tocaron. Aquel tacto tibio revelaba a Maya cosas fundamentales sobre ese hombre ayer desconocido y con el que se estaba abalanzando a una intimidad ilimitada.

Él se las arreglaba para ir llevándola hacia la puerta cerrada del salón. Todos esos gestos tan oportunos, ejecutados en el momento necesario para una perfecta seducción, ofrecieron a Maya la clave de lo sucedido durante la cena. Los sabores habían sido diseñados para alcanzar estos momentos, la intranquilizadora charla sobre venenos, se decía, no había tenido otra intención que la de despertar toda la cadena de reacciones cuyo objetivo estaban a punto de completar. El truco parecería un tanto rebuscado, pero no se le podía negar eficacia. Más aún, este descubrimiento produjo una gran excitación en Maya.

Jorge acabó de desnudarla en la habitación, donde se quebraban, casi inmóviles, sombras de luz entre cojines y anaqueles. Hizo que permaneciera en pie, al lado de la cama. Le apartó el pelo de la cara con las yemas de los dedos, la tomó por la cintura, desabrochó su falda y fue bajándola, le besó en un hombro, luego junto al ombligo, luego en un muslo. Volvió a acariciarle el rostro, en la

frente, junto al nacimiento del cabello mientras ella ladeaba la cabeza. Después le quitó la ropa interior con el mismo cuidado, sin más ayuda de ella que la tensa quietud. Por último, le soltó los zapatos. A lo largo de esa despaciosa maniobra, el escaso contacto de Jorge era tan sabio, que Maya podía sentir la caricia del aire que la rodeaba, semejante al estímulo vívido de un roce incorpóreo a su alrededor. La recostó en la cama, y entonces le susurró dulcemente:

-Vuelvo en un instante.

El tacto de las sábanas, sobre las que se estiró, atenuaba el de la sublimada atmósfera. Al volver, él se acostó a su lado, también desnudo. Maya le besó, mientras esbozaba una sonrisa endormida, en el cuello que él le ofrecía.

Notó entonces un gusto de aceite amargo en el paladar, que le hizo apartar la cara con desagrado. De inmediato, Jorge se levantó, tomó de la mesilla un bote con una especie de loción y un pañuelo de papel, y comenzó a limpiarse vigorosamente el cuello en donde Maya acababa de besarle. Ella no entendía nada. Jorge parecía divertido ante su gesto inquisitivo. Por fin acabó diciendo:

-Menos mal. Ya empezaba a absorber el veneno a través de la piel. Notaba un hormigueo en las piernas.

Maya lo miraba ahora con incredulidad. Intentó levantar su mano derecha, que se elevó un poco y luego cayó sin fuerza. Se encontraba bien, notaba la presión del colchón contra su espalda, y todo parecía normal, salvo que sus músculos no respondían si ella trataba de moverlos.

Jorge entró llevando algo en las manos. Lo apoyó en una mesa que había a los pies de la cama. Ella no podía distinguir de qué se trataba, debido a la posición en que había quedado su cabeza. Desde el otro lado, él la observaba con sonrisa cómplice; le guiñó un ojo y dijo:

-Bueno, ya podemos comenzar.

Maya pudo entonces darse cuenta de lo que había encima de la mesa. Jorge empuñaba un bisturí, que había tomado de entre el resto del instrumental.